

## LA MAISON EN PETITS CUBES

KUNIO KATO, 2008

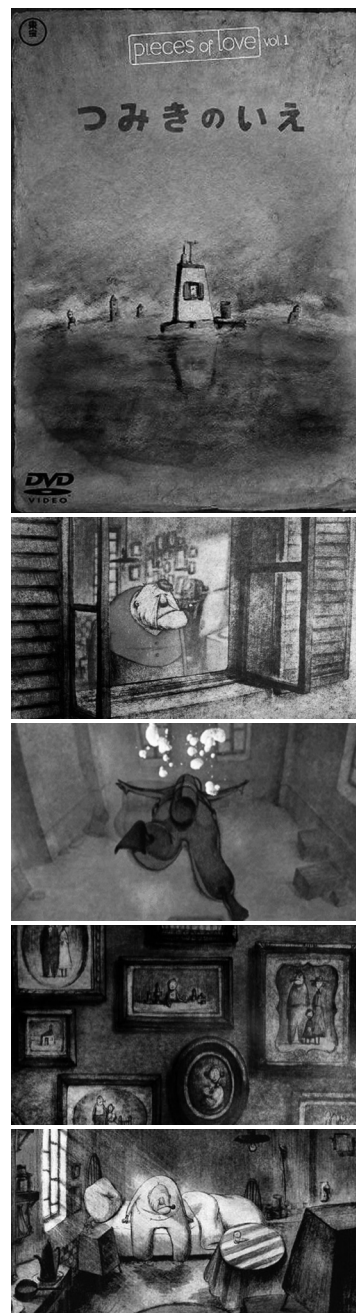
Carolina B. García

El protagonista de este corto de animación de apenas dos minutos, ganador del Óscar en el pasada edición del 2009, no tiene nombre. Ni sabemos nada de él. Sobrevive en un mundo condenado a desaparecer bajo el fondo del mar. Su casa, una acumulación de cubos que pierden su sección para garantizar un frágil equilibrio vertical. Cada vez que el nivel del agua sube y comienza a inundar sus pies, accede a la cubierta de su refugio interior para construir el siguiente. Un extraño sentimiento de renuncia y sacrificio inunda sus ojos vidriosos. Trabajar para sobrevivir. Olvidar para no morir. Y hay algo de primigenio y fundacional en su quehacer. Es el cubo la resonancia de un mundo clásico que se ahoga bajo el agua. El cubo es la base de la estructura física del universo desde Raimundo Lulio, y para Pico della Mirandola, "expresión concreta de una verdad que sería de otro modo, incomunicable y que restituye la unidad del saber". Desde del cubo de Miguel Ángel en su *Madonna della scala* (1490) hasta la *Chimeneé* (1918) de Le Corbusier. El cubo es la estabilidad, la gravedad, la constancia. Aquello que guía día a día la supervivencia de nuestro personaje. Hasta aquí, una estrategia de resistencia en la nueva babel de agua. Pero un día nuestro guerrero pierde su preciada pipa que cae por la trampilla de su habitación hacia el fondo del nuevo océano. Y es cuando este nuevo *Cimetière Marin* aparece ante nuestros ojos. Abajo, los recuerdos, el tiempo pasado, la juventud, el primer amor. Arriba, sólo la resistencia. Dos mundos especulares. Como en la ciudad invisible *Valdrada* de Italo Calvino. El pasado, nuestra tradición, aquello que nos constituye como hombres, condenado a desaparecer entre los objetos que el espacio envolvente del agua parece congelar. Una pecera transformada en memoria.

*Los antiguos construyeron Valdrada a orillas de un lago con casas todas de galerías una sobre otra y calles altas que asoman al agua los parapetos de balaustres. Así el viajero ve al llegar dos ciudades. Una directa sobre el lago y una de reflejo invertida. No existe o sucede algo en una Valdrada que la otra Valdrada no repita, porque la ciudad fue construida de manera que cada uno de sus puntos se reflejara en su espejo, y la Valdrada del agua, abajo, contiene no sólo todas las canaladuras y relieves de las fachadas que se elevan sobre el lago, sino también el interior de las habitaciones con sus techos rasos y sus pavimentos, las perspectivas de sus corredores, los espejos de sus armarios. Los habitantes de Valdrada saben que todos sus actos son a la vez ese acto y su imagen especular que posee la especial dignidad de las imágenes, y esta conciencia les veda abandonarse por un solo instante al azar y al olvido. Cuando los amantes mudan de posición los cuerpos desnudos piel contra piel buscando como ponerse para sacar más placer el uno del otro, cuando los asesinos empujan el cuchillo en las venas negras del cuello y cuanto más sangre coagulada sale a borbotones más hunden el filo que resbala entre los tendones, incluso entonces no es tanto el acoplarse o matarse lo que importa como el acoplarse o matarse de las imágenes limpiadas y frías en el espejo. El espejo ya acrecienta el valor de las cosas, ya lo niega. No todo lo que parece valer fuera del espejo resiste cuando se refleja. Las dos ciudades gemelas no son iguales, porque nada de lo que existe o sucede en Valdrada es simétrico: a cada rostro y gesto responden desde el espejo un rostro o gesto invertidos punto por punto. Las dos Valdradas viven una para la otra, mirándose a los ojos de continuo, pero no se aman.*

Un fondo del mar que ya no funciona como un espejo, sino como un cementerio. Dos ciudades que viven la una para la otra, pero no se aman. Está en la renuncia el mayor acto de amor. Al fondo, los recuerdos. Arriba la supervivencia que encuentra la felicidad en recuperar una pipa y en una mesa para dos ocupada por una sólo persona. Un brindis que no llega. Y sin embargo, la sonrisa siempre a ciegas.

Poco importa cómo se llame nuestro protagonista, porque en esta estoica lucha, todos podríamos ser él.



FOTOGRAMAS DEL FILM: MAISON EN PETITS CUBES, KUNIO KATO, 2008.